

XVI

JUAN JOSE BAZ

En los años ya un poco distantes de la infancia, oí referir en tertulias familiares cierta historieta o anécdota acerca de Juan José Baz, cuya autenticidad no garantizo. Se decía, que con motivo de hacer cumplir alguna disposición que dimanaba de las Leyes de Reforma, se presentó frente a la Catedral Metropolitana montado a caballo, aunque no puedo asegurar si era brioso o no; pero como las cosas fueron a más, penetró al recinto mismo de la iglesia, profanación que pretendieron impedir los concurrentes a los actos rituales, mujeres piadosas principalmente, a las que llamaban "beatas" los rojos. Rodearon el caballo, le tomaron las riendas, se colgaron del cuello del mismo animal y de las piernas de Juan José, a la vez que le gritaban: "¡Hereje! ¡hereje!; ¡herejón! herejón!" palabra que a fuerza de repetir se convirtió en ¡orejón! ¡orejón! a la manera que sucedió a un cura de pueblo que pedía limosna al fin de las misas dominicales para "misa a las ánimas" y a fuerza de repetir la frase, continuaba diciendo: "para mis alazanes".

De propósito he buscado un retrato de Juan José Baz, en la magnífica galería de "México a través de los siglos" (1) y no he podido menos que sorprenderme, pues el "rubicundo", exaltado y demagógico señor, aparece como un respetable y bondadoso abuelo, al que dá mayor carácter una lustrosa y redonda calva, descubierta, pues no se denota intento alguno de préstamo forzoso, encuadrada por un resto de cabellera abundante y larga; además, un espeso bigote y barba crecida aunque no demasiado. Desconcierta, sin embargo, su fruncido ceño y su mirada penetrante y quizás dura, o endurecida.

(1).— "México a través de los siglos".— Tomo V.— Pag. 237

Juan José Baz era otro de los amigos de Juárez a quienes corría prisa tomar su baño de sangre imperial y reaccionaria, referencia que hice en el ensayo precedente, pues el 24 de mayo de 1867 manifestaba extrañeza (1) él dice "admiración" de que hubiesen transcurrido nueve días después de la toma de Querétaro sin que la justicia nacional castigara todavía a ninguno de los "criminales" "cojidos allí". Aseguraba que la misma "admiración" o sorpresa sentía "todo el mundo", y con el respecto, le recordaba a Juárez que Porfirio Díaz había rehusado la proposición de O'Horan de entregarle la plaza de México en cambio de garantizarle la vida, y, asimismo, las palabras del Presidente Juárez cuando tuvo noticia de semejante proposición: "Me parecen muy acertadas las contestaciones que ha dado el Sr. Díaz a las pretensiones de los traidores. Bien sé que todo quedaría terminado en un día y sin tirar un tiro si les concediésemos lo q. solicitan; pero quedaríamos en ridículo y **comprometeríamos la paz futura de la Nación esterelizando los sacrificios que esta ha hecho para conquistar su verdadera libertad e independencia**".

Juan José Baz, repugnaba la pena de muerte, o cuando menos así lo afirmaba, pero pensaba que habría "economía de sangre" al suprimir a los que representaban principios ruinosos y detestados por el país, o a los que, sin tener principio alguno, promovían conflictos para provecho personal. Por otra parte, le parecía que ninguna explicación dejaría satisfecho al público de prolongar todavía el caso de Querétaro, pues ya comenzaban a creer las gentes en la "presión y las exigencias del Norte", lamentando que todavía fuesen los mexicanos "esclavos del extranjero". Otros, más benévolos, atribuían el retardo a "bondad del corazón" de Juárez; pero Baz hacía observar que "los pueblos no se gobiernan con el corazón sino con la cabeza".

Todo esto y algo más que decía al Presidente en tono confidencial y reservado, lo hacía para evitar la pérdida de su popularidad y el desprestigio de su gobierno.

(1).—Carta reservada y personal de Juan José Baz.— Tacubaya, 24 de mayo de 1867.— Archivo de don Benito Juárez.— Biblioteca Nacional.

Mas tarde, se manifestaba satisfecho de que Juárez le hubiera escrito con fecha 23 de mayo (1) y le enterara de que ya tenía dispuesto el juicio de los tres presos de Querétaro, noticia que comentaba Juan José Baz diciendo que la consecuencia forzosa sería su castigo.

Le participaba, en cambio de "tan buena noticia", otras no menos "halagadoras", por ejemplo, que la ciudad de México estaba circundada, perfectamente, y que no se dejaban pasar víveres ni personas, a excepción de los individuos que convenía para comunicar noticias a las tropas republicanas.

Hasta el último de mayo se permitió la salida y ello dió por resultado que tomaran las de villadiego sobre 10,00 habitantes de la muy noble ciudad; "pocos de la clase media quienes necesitaban pasaporte, ningún rico porque a ellos no se les conceden, muchísimos de la clase proletaria e infinitos mendigos". Por excepción, debían salir el 1o. de Junio don Mariano Riva Palacio, el Ministro de Prusia y Martínez de la Torre llamados por Maximiliano para su defensa. También, Eulalio Ortega que llevaría consigo el señor Riva Palacio para que le sirviera de asesor "porque se confiesa extraño a los conocimientos jurídicos".

Entre las personas que abandonaban la capital en días anteriores mencionaba a Sánchez Solís, Marroquí y Escalante. Este señor tenía la idea de vestir al ejército; y los demás, la intención de servir al país. Sus servicios hasta entonces habían consistido en el intento frustrado de dirigir a Porfirio Díaz bajo el pretexto de ser "un inocente q. no conoce la población de Méjico y tiene además la desgracia de no tener a su lado personas q. puedan dirigirlo".

Como las anteriores había muchas personas que tenían las mismas intenciones; pero según afirma Baz, don Porfirio Díaz oía a todos con calma, no se manifestaba ofendido; pero de nadie hacía caso.

Refiere Juan José Baz, que ante la noticia de la toma de Querétaro y la próxima caída de México, se le presentaban muchas personas solicitando jefaturas en la Policía, mando de los

(1).—Carta de Juan José Baz a don Benito Juárez.—Tacubaya, 1º de Junio de 1867.

cuerpos de la misma institución, empleos de secretario, etc.; pero como él les manifestara que la primera dificultad consistía en que nada era, ni deseaba ser algo, todos daban "el volido con la música a otra parte".

Hacia mención especial de Castillo Velasco, que habiéndose pronunciado por la soberanía del Estado del Valle, se declaró gobernador; pero a poco marchó a Querétaro donde se acogió al general don Francisco Vélez. Ahí se sintió incómodo y regresó a Toluca con licencia, aprovechando alguna oportunidad para escribir a don Porfirio Díaz "diciéndole q. lo amaba entrañablemente, q. era su paisano y q. quería servirlo (por supuesto también de director)"; pero como no encontráse acogida se conformó con ingresar al Estado Mayor de don Pedro Hinojosa, mientras estuvo en Tacubaya; mas, tan luego como lo trasladaron al Peñón —"q. es lugar incómodo"—, se le acabaron "el fervor y conocimientos militares y lo abandonó".

Tampoco se olvidaba Baz de "nuestro Vicente Riva Palacio" a quien calificaba "de todos el más infatuado" pues siempre que hablaba decía: "mi política, mis soldados, mis cañones, mi Estado, mis miras para lo futuro, etc. etc; palabras siempre con un aire de suficiencia y de pretensión tan marcados q. muestran supremas aspiraciones y la seguridad de verlas obtenidas".

Asimismo, Riva Palacio se mostraba celoso de Porfirio Díaz, evitaba consultar con él y no se cansaba de repetir que había salvado al país "sin q. nadie haya hecho cosa alguna".

El 15 de junio repicaron las campanas de las iglesias de México (1). También, se habían lanzado cohetes y practicado salvas de Artillería, todo ello, celebrando la noticia de que Maximiliano al frente de su ejército entraría en México hacia el 18 del mismo mes de Junio. Esta noticia la dió el general imperialista Ramírez de Arellano, que había escapado de Querétaro, de acuerdo con el Gral. Leonardo Márquez. Juan José Baz agregaba, que tanto Ramírez de Arellano como Carlos Miramón, fueron salvados por el Gral. Feliciano Chavarría que perteneció a las fuerzas del Gral. Vicente Riva Palacio, proporcionándoles la entrada a México por el rumbo de Mexicaltzingo.

(1).—Carta de Juan José Baz a don Benito Juárez 15 de Junio de 1867.— Archivo de Juárez.—B. Nacional.

Por otra parte, Riva Palacio no cumplía las órdenes del Cuartel General en las que se prevenía el no permitir que alguien saliera de México, así como introducir víveres a la propia Capital. Ambas órdenes las calificaba de bárbaras y en tal concepto, por los puntos que cubría salían, diariamente, todos los que así lo desearan, habiendo día en que pasaron como mil.

Por ahí también introducía a la ciudad sitiada, por medio de canoas, "cuartos de toros destrozados y semillas y recaudo" jurando por su honor, que no servirían al enemigo, sino a las familias de sus amigos. Lo peor del caso fué, que sus subordinados tomando en cuenta el ejemplo que veían, mandaban también "otros terciesitos".

En las filas de Riva Palacio servían algunos, calificados como "traidores", y por ello, reputábanse como el refugio de todas las gentes de aquella misma clase. Había personas que ya el Gobierno había expulsado del Ejército; por ejemplo, Tuñón Cañedo a quien Riva Palacio "mima y consiente a pesar de su traición y a pesar del asesinato que perpetró en Medinilla".

El segundo distrito estaba en manos de Martínez de la Concha, que a ejemplo de Riva Palacio protegía y empleaba a todos los traidores. El propio Martínez de la Concha fué acusado por las gentes de Pachuca de haber introducido a los franceses por el Mezquital en compañía de Garrido.

Todas estas noticias nos ilustran ampliamente acerca de la enemistad y la inquina de Juan José Baz por don Vicente Riva Palacio.

Las que proporciona acerca del general Díaz son muy interesantes y ayudan a entender la psicología del Dictador.